

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8646

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

FACIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 186.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes 22 de Agosto de 1890.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composturas. Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

MEDIOS PARA COMBATIR

LA MORTALIDAD DE LOS NIÑOS DE PECHO

La mortalidad de los niños de 0 á un año ha sido desde 1883 á 1885 de 16'82 por cada 100 nacimientos.

Francia pierde, pues, una sexta parte de sus niños en el primer año de su nacimiento.

Con una organización mejor salvaría á muchos miles de ellos.

¿Cómo aceptáis á comprender que este país que tanto habla de su humanidad, cometa voluntariamente este crimen? ¿Cómo que teniendo necesidad de hombres se resigne á esta espantosa pérdida sin darse cuenta de ella?

Por sabido se calla que la muerte se ceba principalmente en los hijos naturales, menos cuidados y menos protegidos que los legítimos antes y después de su nacimiento. La diferencia entre unos y otros es de casi la mitad.

En París, de cada 60.651 nacimientos anuales, las declaraciones de los que deben ser dados á criar se han elevado al término medio de 17 441.

De esta cifra, 6.590 debían ser lactados por amas y 10.851 por otros procedimientos.

Más de una cuarta parte de las madres confían sus hijos á manos mercenarias y más de las tres quintas partes de los niños no son criados al pecho.

El doctor Lagman, á quien debo estos datos, añade que la mortalidad es mucho mayor en los niños criados al biberón.

En 1888, en París, de cada 3.824 muertos de gastro enteritis, 1.213 niños habían sido lactados al pecho y 2.611 al biberón.

Es evidente que lo primero que debe intentarse es que las madres crien ellas mismas á sus hijos.

Y que enseguida importa cuidar y dirigir la alimentación suministrada por medio del biberón.

Declaremos, rindiendo un homenaje á la justicia, aunque con profunda tristeza, que hay muchas madres condenadas por su condición á no poder dar de mamar á sus hijos; á esta clase pertenecen todas aquellas que tienen la indispensable necesidad de ganar el sustento para sí y para su familia; las trabajadoras, las criadas de servicio, las viudas, las abandonadas, un gran número, en fin.

Entre éstas, sin embargo, más que entre las ricas y las de posición desahogada, pudiera reclutarse amas de cría, porque éstas más que ningunas otras, sienten la necesidad del dinero.

En París y en otras muchas ciudades de Francia, ofrécese á las mujeres casadas y á las solteras que no pueden alimentar á sus

hijos por falta de recursos, un socorro y lactancia.

De este modo, la madre queda convertida en ama retribuida de sus propios hijos. El gasto es grande: en París, donde el Consejo municipal no regatea en lo que se refiere á la vida humana, es considerable. Sin embargo, desde cualquier punto de vista que lo consideremos, desafío á todos á que presenten una inversión mejor del dinero.

El dinero que es mejor gastado es el que se invierte en enriquecer al país en hombres.

En cuanto á las mujeres ricas ó de buena posición, no se puede influir sobre ellas más que por la persuasión y la mejora de las costumbres. Las cristianas escuchan al sacerdote. Los filósofos no ejercerán influencia alguna si no llegan á formar una verdadera opinión general. Rousseau creyó haberla formado, pero era Rousseau y el movimiento creado por él no fue duradero.

Si Alejandro Dumas hubiese emprendido una campaña análoga, acaso él solo hubiera sido bien escuchado por las mujeres.

Muchas madres se abstienen de alimentar á sus hijos por temor á los peligros é incomodidades que la lactancia ocasiona. Otras se figuran que así disgustarían á sus maridos, en lo cual, por regla general, se equivocan de medio á medio. El marido considera á la mujer que no cria, como la mujer al hombre que no se bate.

Hay mujeres que desean criar, pero á quienes el médico se lo prohíbe. La impotencia en que se encuentra procede de su falta ó de la falta del marido que las obliga á llevar una vida que empobrece y arruina su naturaleza.

A mi juicio los higienistas y los patriotas deben dedicar toda su atención á la industria de las nodrizas; de las que dan el pecho y de las que crían con biberón. La vigilancia comienza á despertar después de haber dormido muchos años.

Los fabricantes de ángeles no son quizás más que una leyenda, una triste y dolorosa leyenda, por cierto; pero existen todavía y en gran número amas de cría enfermas, mal alojadas, y mal pagadas que comparten su tiempo entre el cuidado de los niños que lactan y otras ocupaciones absorbentes; y las que lactan con el biberón aceptan muchos niños á la vez, los cuidan mal, les dan leche de inferior calidad ó en cantidad insuficiente.

Los inspectores se esmeran en desplegar un celo meritorio, pero son escasos en número.

En el ministerio del Interior se ha establecido una dirección de higiene y de asistencia, que constituirá, á no dudarlo, uno de los beneficios de la República; pero faltan auxiliares, médicos inspectores y médicos cantonales; es necesario que el Estado, los departamentos y las villas comprendan la necesidad de gastar mucho dinero y dedicarse con toda el alma á la gran obra de la salud pública, de la conservación nacional. Precisa que la opinión pública las impulse y ferude, y que todas las mujeres se penetren de que millones de niños mueren anualmente por falta de un poco de leche.

Terminaré citando á Mme. Henlé, que ha fundado una asociación en el departamento del Sena inferior, de que es prefecto su marido, para proporcionar leche á los niños pequeños.

La mejor leche que á éstos puede darse es la de burra.

Julio Simón.

Variedades.

EL INCENDIO DE ROMA

Al regresar de Nápoles, Nerón pensó que Roma era demasiado pequeña para su gloria.

El ilustre emperador había cantado en público armoniosísimos versos compuestos por él.

Los laureles pesaban en su frente, las aclamaciones resonaban aun en sus oídos; le habían llamado Dios infinitad de bocas humanas, mientras que de la suya iba fluyendo una música digna de regalar los oídos de los verdaderos Dioses, y tal fue el entusiasmo que despertó, tal la ovación que le hicieron, que hasta el mismo Teatro de Nápoles, en donde cantó, en cuanto desalojaron su recinto el divino músico y los estáticos oyentes, se vino con gran estrépito al suelo.

No pudo hacer más. Nerón se lo agradeció toda su vida.

Como hasta la gloria cansa, después de su ruidoso éxito se retiró el emperador á su quinta de Sublaco, cerca de los estanques Simbrunicos.

En aquella soledad gustó todos los placeres de esa descansada vida, que tras las agitaciones artísticas, sabe tan bien á las almas. Bajo las alamedas, al caer el día, vagando sin objeto, libre de los senadores, á solas con sus inspiraciones, Nerón era tan feliz, que hasta el recuerdo de sus crímenes le sonaban un poco á música. Y cuando por azar la sombra de Británico ó la de Agripina le salían al camino, llamaba á sus «augustinos» jóvenes que habían sido herreros, carpinteros ó albañiles, y que entonces por la voluntad del César se habían convertido en caballeros, y les mandaba cantar un coro con versos griegos, para espantar á las sombras.

Como el mérito de los augustinos consistía en la robustez de sus pulmones, á la tercera nota del coro, Británico y Agripina volvían á embarcarse con Caronte para poder regresar á los infiernos.

Sin embargo, la vida de Sublaco se iba haciendo monótona y el César empezaba á desear emociones. Vatinio, su bufón, se volvía loco, desesperando de hallarlas dignas de la magestad.

Por fin, una tarde, paseándose Nerón con él por los jardines, vieron al ponerse el sol un espectáculo que le sugirió una idea de incontrovertible mérito.

El sol caminaba ya á su ocaso y antes de perderse en Occidente se entretenía en iluminar una legión de nubes extendidas por el cielo que presagiaban tempestad.

Las nubes eran al principio oscuras, muy oscuras; pero según el sol se iba hundiendo empezaban á teñirse de un matiz intenso de sangre.

Después, ya oculto el sol tras de los montes, aquel color de sangre se avivó como con resplandores de incendio, y las nubes parecían llamas. Llamas inmensas que cubrían casi todo el horizonte: los ojos de Nerón no se cansaban de contemplarlas; Vatinio no cerraba los suyos por miedo de ver á Júpiter surgir al cabo de entre ellas con su colosal haz de rayos.

Era grandioso sublime el espectáculo que el César, artista siempre, lamentó, después de un rato de soñador silencio, la fugacidad del fenómeno, y Vatinio, por espíritu de servil adulación, le respondió que podía repetirse.

—¿Cómo!—preguntó Nerón con verdadera ansiedad.

—Quemando á Roma—contestó Vatinio; y el César le miró con tal fijeza que el infeliz tembló. Después regresaron á la quinta sin cambiar ni una frase. El viento de la noche doblaba ya los árboles del jardín, y al traer del bosque cercano las ramas combatidas por sus ráfagas, parecían las siniestras palabras de Vatinio. Este quedó helado de terror, cuando al llegar al ancho peristilo de Sublaco Nerón le dijo:—Pues bien, dentro de tres días quemarás á Roma, y yo cantaré el incendio desde mi palacio. Dispónlo todo en secreto y sabe que no te concedo más tiempo que el que te he dicho.

Al anoecer del segundo día regresó á Roma Vatinio para anunciar á Nerón que todo estaba dispuesto.

El César, impaciente, no aguardó al siguiente día para volver á la capital de su Imperio; ¡qué noche le esperaba, qué versos, qué canciones, qué incendio, qué gritos de dolor!

Los aplausos y las aclamaciones de Nápoles nada significaban. Homero, que canta la destrucción de Troya... la inmensa hoguera... el cielo enrojecido como una ascua... la multitud aterrada, atropellándose en las calles, y él sereno, majestuoso, rival, vencedor de Apolo, cantando siempre...

Llegó por fin el tercer día, y desde que alboró le pareció hermoso pero largo.

Encerrado en su cámara imperial, se paseaba con la impaciencia de un león aprisionado. Nadie osó hablarle. En la corona de turquesa ya sus sienes, la amplia clámide su cuerpo, la lira de oro preparada... Nerón contaba las horas que faltaban, y, efecto tal vez de su impaciencia, sentía en su garganta una opresión extraña.

¿Anochecerá ya? sí. ¿Qué tiempo faltaba? poco... ¿La lira? allí. ¿Será oscura la noche? muy oscura... Llévose con impaciencia la mano á la garganta, y pareció por fin que la opresión que en ella había sentido, desaparecía.

Alzáronse las llamas por la parte del circo unido á los montes Palatino y Celio.

Se lanzaron tranquilas, imponentes como obedeciendo al mandato de Dios.

La ancha proyección de sus resplandores iluminaba solo una parte de Roma; la otra dormía en la obscuridad.

Del foco del incendio llegaban á veces ráfagas de horno, y entonces se oía un confuso rumor de gritos... después todo callaba.

Pero la marea cuando avanza y los incendios cuando crecen, son semejantes: la ola sigue á la ola, la llama sigue á la llama, en la mayor se funden las menores; y la curva que describe, doblada por el viento, abarca cada vez más extensión; suena ya con los gruñidos de los muros, de los techos que derriba; y gigantesca y dominadora se apodera de la tierra y asalta el cielo.

Nerón la miraba avanzar desde la azotea de su palacio, con las pupilas dilatadas y contrada la frente que pedía el laurel. Una esclava, desnuda y postrada de hincos, sostenía á su lado la lira de oro. Se oían los estruendos del incendio, se oían los gritos de la multitud; se oían los siniestros fragores de las casas derribadas, y una exclamación, formada de mil exclamaciones, y un jay de terror inmenso. Luego, el viento arrastraba semilleros de chipas por el espacio, y á veces al hundirse todo un montón de casas, se hacía allí tan profunda la sombra que horrorizaba. El humo se espesaba en los límites del cielo, rodeando la extensión de aquella espantosa hoguera, y la esclava, que á los pies de Nerón sostenía la lira de oro, cerraba los ojos y apretaba los labios para no proferir un grito